
CAPITULO IV

¿CÓMO ENTENDEMOS EN MÉXICO LA POLÍTICA?

I

ESTE capítulo es consecuencia directa de los dos anteriores; porque habiendo tratado la política en sentido genérico, y de las influencias que ejercen sus diferentes partidos en las sociedades modernas, marcando el papel que desempeñan, es inconcuso que, refiriéndome á México, para cuyos habitantes escribo y cuyos asuntos toco, me vea en la imprescindible obligación de ver cómo entendemos la política aquí y cuántos son los partidos militantes que se mueven en su torno; unos, callados, rompiendo platos en la quietud, y otros haciendo alarde de gente de talla y talento.

Exponer ideas de un orden meramente abstracto; apuntar las cuestiones que se suscitan en el seno de Europa, es tarea que deberíamos dejar, ó á los filósofos ó á los escritores de allende los mares: ellos son quienes pueden —y deben— salir al frente de asuntos lejanos de nosotros. Que si dí una ojeada ge-

neral en esta obra á las tales cuestiones, ha sido en fuerza de la narración histórica, y porque esme imposible prescindir del roce con las cosas del viejo mundo, cuando su historia sirve de pedestal á la nuestra; nuestro origen descansa en su fin: cuando la luz allá se hunde, aquí brota; cuando allá se apaga, aquí surge; cuando allá pálida se extingue, aquí fulgorosa nace.....

Quiero decir con esto, que, estando nuestra vida vinculada con las naciones adustas que al otro lado de las aguas—en el Levante—se alzan orgullosas y altivas, coronadas con las mil glorias de sus formidables escuadras, tenemos que recordar sus hazañas y hacer mención de sus cosas, pues los jóvenes tienen que seguir el ejemplo de los viejos.

¿Qué historia, qué filosofía hemos podido aprender por nosotros mismos? Aunque no somos culpables de ello—aquí no recrimino á nadie—es preciso reconocerlo; si de allá no nos viene algo, nada tendríamos, por la sencilla razón de que nadie puede dar lo que no tiene. Y ya que hubimos necesidad de maestros, urge confesarlo. ¿Tal proceder nos degrada? Creo que no, pues ninguna culpa lleva el hijo en venir al mundo después del padre, ni que éste sea malo ó bueno.

La fatalidad, el destino ó el acaso, en todo tiempo, serán los culpables, y nunca quien no ha sido consultado para venir del no-sér al sér. Es probable que, si mediara la propia voluntad, ninguno estaría conforme con su suerte, máxime si es deplorable y no tiene ningunas comodidades que prodigar.

Con origen y todo, con historia y todo, con filoso-

fía, artes, ciencias y todo, tenemos que reconocer la procedencia de la marca. Que si ella es de buena ó mala calidad, es asunto de otra clase de estudios, que no son de este lugar.

Todo lo cual me hizo delinear las anteriores consideraciones generales. Pero yo me preocupó por las cosas propias.

Entremos en materia.

II

Sabido lo que es la política, en México, ¿la entendemos tal cual debe ser? Dados los caracteres abstractos que la distinguen, ¿sabemos ser políticos en toda la extensión de la palabra? ¿Somos capaces de ser unos políticos verdaderos?

Resueltas las anteriores preguntas, podré fijar los verdaderos puntos de la cuestión.

1.—Es incuestionable que, de una manera satisfactoria para el amor patrio, no tiene resolución la primera pregunta. Atribúyese ello á lo que se quiere; lo cierto es que la resolución no halaga mucho.

¿Entendemos en México la política tal cual debe ser? ¿La conocemos bien?

En otras palabras más cortas y precisas: ¿Conocemos la verdadera significación de la palabra *política*?

Tal es la cuestión. Concluir desde luego que la conocemos y la entendemos, es halagador para el patriotismo. Y en este caso, ¿el verdadero patriotismo es la mentira? ¿Patriotismo es sinónimo de

falsedad? Que si para ser patriota hay que ser hipócrita y faltar á los sagrados fueros de la verdad, opto por no pertenecer á tan «honroso» gremio.

Que la palabra *política* incluya la mentira disimulada, es tolerable; pero creo que el patriotismo no participa de ella; antes, al contrario, una y otra idea se excluyen, como el aceite y el agua, el aire y el fuego.

Desgraciadamente, aquí no entendemos de política ni media letra, como el lego no entienda de misa ni la media.

Por lo que respecta á ideas genéricas, ya he hablado largo; debo entrar en otro orden de consideraciones.

2.—Entre nosotros pasa lo distinto que entre nuestros ascendientes: los españoles parece que no pueden vivir sin las cuestiones políticas; y, aunque tampoco entienden nada, ellos no pueden prescindir de la monomanía política. En España, como aquí se venden cacahuates en los centros productores, se multiplican los políticos de pacota; pues verdaderos políticos hace más de cien años que no los ve la madre-patria: que si políticos tuviere en la actualidad, vería nacer el sol en sus dominios, del mismo modo que antes «no lo vió ponerse.» Pero, allá, como aquí, se cuecen habas, y sigue el quijotismo, el cual podrá ser sublime, ideal; pero de ningún modo útil y práctico.

¡Quién me dijera que en España hay más hombres de política que labradores! Y es lo cierto, así como lo es también que, en achaques políticos, los iberos están en embrión. Por los mercados, en las plazas

públicas, calles y templos, se oyen más ó menos acaloradas discusiones sobre política; y andantes y escuderos—usando su propio lenguaje—quieren resolver cuestiones candentes de gobierno. ¡Eso sí! llegan los asuntos de Cuba y Filipinas, y todos se sumen, aceptando la deshonrosa venta. Antes de aquella malhadada guerra, ardiente patriotismo, deseos vehementes de tomar por asalto á Nueva-York, San Francisco California, é ir derecho hasta el Capitolio, izando allí la enseña de rojo y gualda; pero declarada la guerra, ¡oh vergüenza! ¡oh memoria ultrajada de los españoles de Lepanto y Bailén! toda ilusión se disipa, todo ardimiento se apaga y todo entusiasmo se torna en compasión y lástima.

Mas ¡oh dementes! ¿Con qué queráis hacer tanto desaguisado? ¿Acaso los gobiernos débiles son para hacer frente á las voluntades de hierro, pertrechadas con formidables muros de barras de oro? ¿Qué pueden las carabinas de sistema viejo contra los cañones poderosos de los acorazados? ¿Vencerá el manso arroyo á la tempestad rugiente que se desempeña en el mar?

Habíais ido á la lucha con patriotismo, pero sin armamento y voluntad que os sostuviera: teníais un corazón heroico, bravo, valiente; pero ¿de qué sirven estas cualidades, cuando hay un gobierno que vende?

Sin embargo, los españoles querían llegar hasta Washington, atravesando el mar con cuatro buques de madera vieja, tripulados por esforzados marinos. Pretendían resucitar los hechos de Cortés, sin comprender que las naves de éste se dirigieron á ame-

ricanas playas HACE CUATRO SIGLOS y contra un pueblo, aunque denodado y valiente, que no disponía de elementos de lucha; y no es lo mismo CONQUISTAR CON LA CRUZ Y EL EVANGELIO, que con las modernas ametralladoras de tiro rápido y gran alcance.

¡Estos son los políticos españoles de hoy! Al son de la guitarra y al estampido de la cidra, no se hacen guerras, ni es posible que resuciten Carlos Quintos ni Churrucas. Una cosa es bailar flamenco, y otra empuñar armas modernas de combate. Para esto, hay que progresar, dejando bailes y quijoterías.

¡Pobre España!

3.—También nosotros imitamos, en todo ó en parte, á nuestros ilustres colegas: somos patriotas de palabra y políticos . . . de ocasión. Algo habíamos de heredar, aunque sea lo malo, por ser lo más fácil y susceptible de imitación.

Hasta que no haya una completa transformación de raza, no es posible tampoco adelantar. Nuestros benditos antepasados sólo nos dejaron rencores y odios, rencores y odios que no ha sido fácil olvidar, como nunca podrá olvidar el esclavo la cadena que trajo al cuello por muchos años. Agobiados bajo el peso triste de la opresión durante tres siglos, siendo objetos de explotación de moros y cristianos, sólo pudimos aprender á besar los pies de los que, en el nombre bendito y sublime de Cristo, nos ponían la coyunda sobre un cuello unguado por los santos óleos. Dignidad, deberes, decoro, vergüenza nacional, nada de esto se nos enseñó: si algo logramos en este sentido, en verdad que no se lo debemos á los conquistadores, sino á algunos religiosos buenos que solían

aliviar nuestras penas, producidas por la abyecta sujeción.

Ya se verá, pues, si pudimos aprender política bajo el dominio despótico de un señor victimario; enseñarnos tal cosa, sería enseñarnos á proclamar nuestra libertad y romper las ligaduras que nos ataban, dejándonos sin voluntad propia.

4.—Aprendimos, sí, á tañer la guitarra y á cruzar calles y callejuelas á altas horas de la noche, andando en pos de aventuras á la melancólica luz de los desvencijados farolillos, y en torno de las sombrías siluetas que formaban los muros de un convento de novicias ó jóvenes secuestradas de las fuerzas vitales de la humanidad. También nos enseñaron á asaltar las propiedades de un vecino pacífico, y á despojarlo de sus bienes; á prestar al doce por ciento de réditos cada mes; á hacer un negocio del matrimonio; á gritar: ¡pan y toros! á . . . ¡qué sé yo cuantas cosas más, propias de los países que retroceden y no avanzan!

5.—En verdad que, con tales maestros, tampoco era posible aprender nada bueno, que no sea jaleo y chicoleos de un quijotismo refinado. ¡Bien conocía Cervantes á su gente!

Con esto, ¿podíamos tener siquiera una idea remota de lo que era política, y conocer nuestros derechos políticos?

¡Imposible! Mal preparados, hemos ido de mal en peor. Hablamos de política todos los días y en todos los lugares, pero no sabemos ni lo que hablamos. Parecemos al loro de la fábula: él cantaba, pero no sabía lo que cantaba.

Y ahora estamos mejor, debido á que, cansados de intrigas palaciegas, hemos podido estudiar un poco más, y, si no del todo, algo vamos entendiendo de política.

6.—Marean mucho con las discusiones algunos individuos que forman sombra á determinados personajes. Siempre se los oye emitir opiniones, y son en realidad los que menos entienden lo que discuten.

Casos de estos, son frecuentes.

7.—Tanta ignorancia se debe á que los políticos son de ocasión y no hay escuela política entre nosotros. Se ha creído que, con lastimar á este ú otro personaje, está concluída la carrera. La que más se distingue en este caso, es la prensa, en cuyas filas, según veremos más adelante, militan perfectas ignorancias, hombres sin medios para buscarse la vida de otro modo, y toman el periodismo como la tabla salvadora de un naufragio. Cruzad por cualquier lado, y cuando entréis á un paseo, restaurant ó cantina, ahí oiréis discutir, á una turba de bebedores de aguardiente, sobre política: atacan al gobierno, y creen que ya sentaron nombres imperecederos de grandes políticos; creen haber salvado á la república, cuando no son capaces ni de salvarse á sí mismos.

8.—Resueltamente, si hay vocación, no hay estudio para el caso; porque los insultos no hacen á los políticos: hacen á los imbéciles.

¡Tenemos la ignorancia por herencia!

III

Si no conocemos ni entendemos lo que es la política, malamente podemos ser políticos en toda la extensión de la palabra. Sea por la descendencia, sea por lo que fuere, no entendiendo bien el sentido de la política, tampoco sabremos ser hombres de política.

Para hacer una cosa, es indispensable conocerla. ¿Cómo se hará lo que no se conoce? Creo imposible proceder á la ejecución de algo que no sé de antemano lo que es, lo que significa.

Los filósofos establecen, como regla segura é invariable, el conocimiento previo de las cosas, para después discutir las y resolver las cuestiones que con ellas se cruzan. Lo que equivale á decir, que sin ese conocimiento, no hay resoluciones posibles. ¿Cómo había de estar el adjetivo sin la substancia? Para que exista la bondad, es necesario que antes exista algo que sea capaz de lo bueno, algo que por sí mismo pueda existir: la calificación depende de la substancia preexistente, y á ella se adhiere.

Esto mismo se aplica al caso que tenemos al frente. Política, es la substancia; políticos, la calificación que llevan los hombres que se dedican á ella. Si estos mismos hombres ignoran lo que es la política, ¿podrán ejercer el epíteto que de ella se desprende? Responder por la afirmativa, sería tanto como asegurar que lo blanco puede estar en la oración sin el sujeto á quien deba calificar; ó, lo que es igual, es

atreverse á afirmar la existencia de los entes contingentes sin la previa existencia del Ente Necesario. Tal proceder, en filosofía rigurosa, es una locura, un simple delirio y una audaz demencia.

No es posible, pues, que, no conociendo el principio, podamos conocer las múltiples circunstancias que lo rodean. Ignorando lo uno, es de fuerza absoluta ignorar las demás.

Tal vez, andando los tiempos, ya cuando tengamos educación práctica en una escuela pura y de elevados fines, entremos de lleno en la vida de los verdaderos políticos. Por ahora, tenemos que conformarnos con el epíteto de niños en política.

Tampoco es vergonzoso este dictado, siendo que tenemos un antepasado lleno de tristes recuerdos. No necesitamos los principios de la ciencia política para sacudir el dominio español y reducir á cenizas su bandera de absolutismo; porque el arte de la guerra es, precisamente, la antítesis de la política. Ella ha venido á ocupar el lugar de la guerra, y, por consiguiente, su desarrollo es de los últimos tiempos: donde reina la política, tiene que ser desterrada la guerra.

No se eclipsan nuestras glorias nacionales ni nuestros hechos de armas con que se diga que no conocemos aún la política, ni poseemos sus verdaderos principios.

Hay dos clases de heroísmo: el de las armas y el de la tribuna.

Hay dos clases de grandezas nacionales: el que da el valor que lucha y vence, y el que es hijo del tacto del que gobierna.

Para el primero, bastan el valor y la resolución; porque el que mucho ama á su patria, lleva la ciencia en la sangre que hierva. Para el segundo, es necesaria la estrategia, la astucia de los jefes de Estado: que sepan engañar, prometer y no cumplir, sin faltar al deber. Tal hace el sultán de Turquía con las potencias europeas, cuyos buques anclan ahora enfrente de la Sublime Puerta.

Todo esto constituye la política.

Se dirá entonces que el sultán es un político de gran talla. En verdad que no deja de serlo, desde el momento que ha estado engañando á media humanidad infringiendo leyes, pisoteando tratados internacionales y asesinando á gente indefensa. Y los pueblos europeos ven el cuadro y con una promesa del sultán, quedan tranquilos de nueva cuenta.

Tal vez nosotros, si aprendiéramos algo de la astucia de ese soberano del serrallo, fuéramos, dadas nuestras circunstancias, unos de los mejores políticos del mundo.

IV

Con lo expuesto, difícil es poder concluir que somos capaces de ser unos verdaderos políticos. Para esto, es indispensable lo que queda impugnado.

Emancipados ha poco, tienen que pasar varios años á fin de adquirir capacidad suficiente en achaques de política.

Pero, de cualquier modo, tampoco hay que negar que últimamente han surgido hombres de talla en los asuntos públicos, á cuya prudencia y tino se ha de-

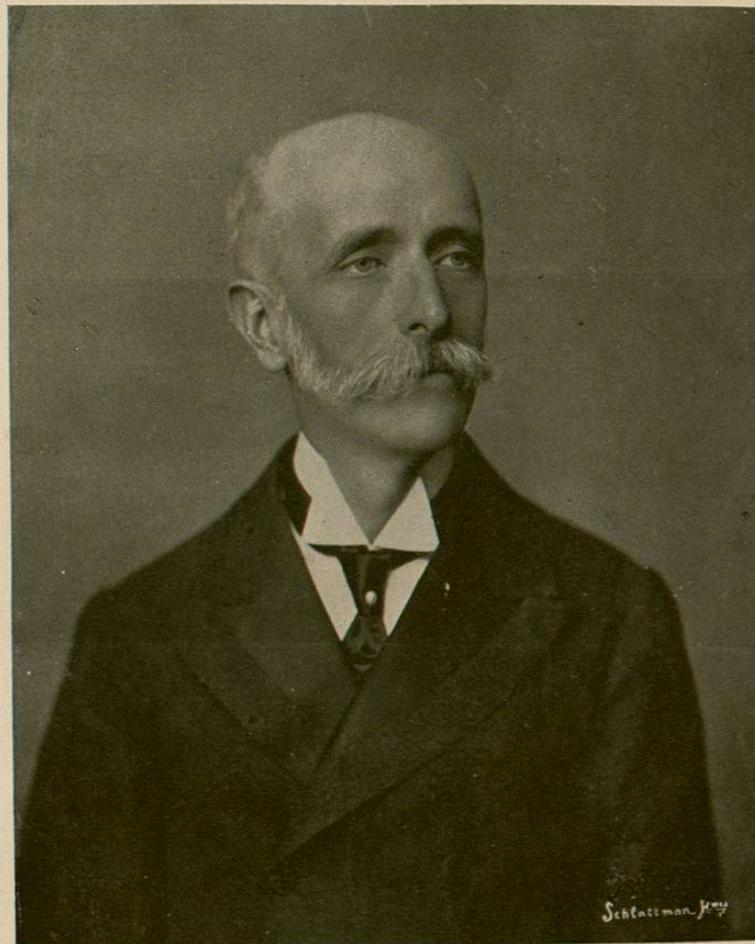
bido la salvación de la república, próxima á la zozobra, por varios motivos de un orden secundario.

Al desconocer que somos políticos, me he querido referir á que, con un pasado tan negro, son muy pocos los verdaderos hombres de política entre nosotros, por más que en las calles abunden los charlatanes de club y casino.

Dada la faz que ha tomado el país, estamos abocados á un perfeccionamiento extremo en este sentido: día llegará—aun no ha llegado—en que seamos gobernados con los principios, en vez de la espada. Por hoy, tenemos que aceptar—esto también lo veremos más adelante—como fuerza legal el filo del acero, pese á quien pesare.

Decir que podemos ser gobernados con la palabra del tribuno, es desconocer nuestros antecedentes de origen y raza, y no tener idea de lo que es un pueblo hispano-americano.

¡Así somos políticos!



LIC. JOSE I. LIMANTOUR,
Secretario de Hacienda y Crédito Público.